
Dos poemas *de Carmen Villoro*

Zona de fumar

El cigarro es la soledad que uno elige

César Luis Menotti

Miro a esas mujeres que fuman sus cigarros
como si hicieran el amor.
Una de ellas desprende la cintilla de celofán
con la gravedad de quien desabrocha un cinturón
o desanuda una corbata.
Otra acaricia con tres dedos la lisura blanca
anticipando un fuego conocido,
queriendo retrasarlo.
Hay la que lo detiene con los labios
disfrutando su peso,
su seca desnudez
y después lo humedece para volverlo propio.
La primera lo absorbe hasta el abismo,
se hace un poco de daño
para sentir que existe.
La segunda lo mira iluminarse
y consume en secreto sus recuerdos.
La tercera sacude la ceniza,
mira el humo
como quien se despide en una calle solitaria.
Una lo apaga con pequeños golpes,
sabe de espasmos.
Otra lo tira al piso, lo tritura
y esa violencia la desquicia suavemente.
La tercera lo deja consumirse
porque no le gusta apresurar ningún
desprendimiento.
Parece que platican,
desayunan en este restorán,
piden la cuenta, así, como si nada.
Pero sus cuerpos habitan otra realidad,
sus almas vibran,
su soledad salvaje las denuncia.

Partido de tenis

Los pies trituran el polvo de la arcilla
y un sonido rasposo recuerda la hojarasca.
En la mano, la pelota afelpada
tiene una consistencia de verano.
El jugador lanza al aire la tensión amarilla,
levanta la raqueta,
una malla de luz se amolda, vibra,
golpea la redondez del viento
con la fuerza precisa de la angustia.
Luego vendrá la danza,
el espejo de los cuerpos blancos,
vendrá la seducción de todas las esquinas.
Suena a gozo el golpe de la bola en la tierra.
La respiración es un fuelle
que prende la tibieza de la tarde.

Sólo las líneas blancas sobre el fondo rojo
trazan los límites
de esta precaria libertad.